

La administración, ¿Responsable socialmente?

Nelson Lozada
Facultad de Ciencias Administrativas y Contables
Corporación Universitaria Adventista

“Es en el intercambio de los dones de la tierra donde encontraréis abundancia y seréis satisfechos. Pero, a menos que ese intercambio sea hecho con amor y bondadosa justicia, llevará a algunos a la codicia y a otros al hambre” (Khalil Gibran, *El profeta*).

A manera de introducción

Al parecer, en los últimos años sea ha hecho evidente, o al menos así lo hacen ver los medios de comunicación, la preocupación generalizada por hacer conciencia sobre las consecuencias que las decisiones y acciones del ser humano causan en su alrededor, es decir, el ecosistema suprójimo. Son un asunto cotidiano los diferentes informes que múltiples organizaciones gubernamentales o no, presentan a la comunidad queriendo llamar la atención sobre problemáticas que giran en torno a lo social, económico,

político, ambiental, etc., es decir, las consecuencias que, visibles o no perceptibles aún, son el resultado del quehacer del hombre sobre la faz de la tierra.

Y como todo fenómeno generalizado, por no decir que tiene matiz de asunto de moda (del cual todo el mundo comenta y el no hacerlo dejaría una mala impresión), todas las profesiones, y en últimas, las disciplinas que las sustentan, pretenden cuantificar y cualificar la forma como influyen en su entorno, en la sociedad; ninguna por abstracta y compleja, o en otros casos por banal que parezca, escapa de la actual necesidad de conocer sus alcance e influencia. Y la administración no es la excepción, hoy más que nunca a la luz de las nuevas realidades y exigencias socioeconómicas se ve obligada a reflexionar sobre su rol e impacto en la sociedad.

Se podrían realizar extensos

análisis y descripciones de las múltiples maneras como la administración tiene contacto cotidiano con el individuo y el ambiente, pero al pensar en la organización parece que basta; y es que la vida moderna transcurre completamente ligada, desde el nacimiento de la persona hasta el día de su muerte, a las organizaciones; es casi imposible vivir en el mundo actual sin pertenecer o tener relación con una de ellas. Es en este orden de ideas donde el individuo y el ecosistema son influenciados, haciendo parte o teniendo contacto con una organización, la cual en su accionar influye y en muchos casos determina, su forma de vivir.

La razón de ser de la administración en nuestra época está profundamente ligada a las organizaciones, por más discusiones gnoseológicas al respecto, es un hecho; y la vida del ser humano tiene una relación siamesa con la organización. De esta forma la vida actual se entrelaza en una compleja amalgama de situaciones causa-efecto, y al parecer en el trasfondo, siempre hay dos elementos comunes: la administración y la organización.

Efectos de un vivir desequilibrado

Hoy día son evidentes los efectos del accionar del hombre en la tierra, para consigo mismo y el ecosistema. Son pocos y muy osados los que se atreven a contradecirlo, pero los hechos hablan por sí solos. A continuación se aprecian de forma rápida dos de los muchos efectos que

se observan, que para algunos tienen especial relevancia por la facilidad de cobrar vidas humanas, a saber, el daño continuo en el ecosistema y la lamentable situación de pobreza e inequidad en la que viven millones de personas.

El ecosistema

Son numerosos y cada día aumentan, los hechos incidentales o accidentales, que menoscaban aún más el deteriorado equilibrio del ecosistema, si es que se puede hablar de equilibrio. El informe publicado por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de la ONU, en abril de 2002, titulado “Cambio climático y biodiversidad”, llama la atención sobre el hecho de que “En el ámbito mundial, las actividades humanas han causado y van a seguir causando una pérdida en la biodiversidad” (p. 1), parece ser que con el paso del tiempo y de forma acelerada en la era posmoderna, el desequilibrio y deterioro en los sistemas que sustentan la vida en el planeta se hacen cada vez más evidentes; y según el informe citado anteriormente, dicho fenómeno se explica en su mayor proporción por el cotidiano accionar del hombre.

El IPCC (2002), afirma:

La Tierra está sujeta a muchas presiones naturales y a las producidas por el hombre, a todas ellas se las denomina de forma general con el nombre de cambios mundiales. Entre dichos cambios se incluyen las

presiones producidas por una creciente demanda de recursos; la explotación selectiva o la destrucción de las especies; el cambio en el uso o la cubierta de los suelos; el régimen acelerado de la deposición de nitrógeno por causas humanas; la contaminación de los suelos, aguas y aire; la introducción de especies no autóctonas; la desviación de aguas hacia ecosistemas gestionados de forma intensiva y sistemas urbanos; la fragmentación o unificación de paisajes; y la urbanización e industrialización (p. 6).

Lo anterior acusa de forma general a cada ser humano, pero parece ser que en la multitud cada persona escondiera su propia culpa, o al menos, ¿qué tanta culpabilidad tendría un simple empleado que deriva su sustento de su trabajo en una fábrica u oficina, o la madre que atiende su hogar?, las cosas siempre han funcionado así, o al menos esto creen los millones de individuos que todos los días se levantan para ir a trabajar o realizar sus quehaceres. Pero es imposible esconder las múltiples maneras en que los colectivos empresariales menoscaban sabiéndolo o no, la única y agotable posesión con que cuenta la humanidad, el planeta y el ecosistema, el don que como cristiandad se cree que fue otorgado por Dios.

Todo parece indicar que el modelo económico que hoy día predomina, sustentado en sus

principios de “maximalismo” y “cortoplacismo”, es el combustible que alimenta el fuego abrasador que consume cada recurso del planeta. Se podría decir que el mundo actual está siendo dirigido por intereses netamente económicos, y que al amparo del enceguedor resplandor del mundo moderno, lleno de toda su parafernalia de tecnología y desarrollo industrial, la humanidad se esté dirigiendo a toda velocidad hacia un fatal destino. Ya en 1985 Hopkins llamaba la atención sobre el hecho de que “...el derroche de nuestro sistema socioeconómico contemporáneo se hace en tal escala, y podría tener consecuencias tan graves, que se debe tratar de averiguar si es realmente inevitable a tal grado” (p. 85).

En este mismo orden de ideas, y como si se tratara de la repartición que hacen las aves de rapiña del ser que ha muerto, el mundo entero está a la expectativa de cómo países desarrollados como Estados Unidos, Canadá, Rusia y otros, que alegan tener derechos en lo que muy pronto dejará de ser el polo Ártico, se reparten las riquezas a las que la desaparición de la masa polar permitirá tener acceso: las rutas marítimas, la gran concentración de peces y el preciado líquido, el combustible que mueve la era actual, el petróleo. Son preliminares los cálculos y estimaciones de la manera como esta gran tragedia impactará la vida de todos los seres que viven en el planeta, y ya se están realizando las negociaciones para repartirse el botín.

En el trasfondo de este sistema socioeconómico, la organización, y como ya se mencionó, la que predomina, la empresarial, y la que la orienta, la administración. Imposible es cerrar los ojos y creer que lo que dirige y hace eficientes las organizaciones no es responsable por las consecuencias. No se puede esconder detrás del manto de la subordinación para con los requerimientos de juntas directivas, propietarios o inversionistas, la responsabilidad por lo que está ocurriendo con el ecosistema y el ser humano; de ser así, estaríamos afirmando que la administración es mercenaria, vendida al banal ideal de mayor retribución para el propietario o accionista, desconociendo la grandeza de su razón de ser, el bienestar del individuo.

El hombre: pobre y sin equidad

No es inteligente olvidar que el accionar del hombre, por y para la organización ha generado grandes y benéficos servicios para su prójimo y para sí mismo; la comodidad de la vida actual y las facilidades que ofrece la sociedad tal cual la conocemos hoy día son fruto de esa relación; la forma como la administración ha utilizado los recursos ha permitido el desarrollo y acceso a innumerables bienes y servicios que de otra forma serían muy difíciles y costosos; su eficiencia y eficacia han permitido que la organización, en especial la empresarial, sea respetada por su capacidad de generación; pero tampoco se pueden olvidar las cifras

del Banco Mundial, que para el año 2005 calculaba que son 1.400 millones de personas en el mundo las que deben subsistir con menos de US\$1.25 por día. Si el punto de referencia fueran los US\$2 por día, son 2.600 millones de personas en esta lamentable situación. De nuevo, según Shaohua y Martin (2008) en el escenario de la pobreza vuelven a aparecer América Latina y el Caribe, Europa oriental, China, Asia meridional y oriental, y por supuesto, África, con una situación muy aguda al sur del Sáhara, donde el consumo medio de la población es de US\$0,70 por día; sumado a esto, los 963 millones de personas que sufren de desnutrición, según cifras de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), que en su informe “El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2008” llama la atención sobre cómo el incremento en los precios de los alimentos ha sumido a 75 millones de personas más, en el sufrimiento del hambre; en este contexto la perspectiva es otra, se ha avanzado en algunos países pero falta mucho en otros.

Como lo mencionó el presidente estadounidense Barack Obama en su discurso de posesión, haciendo referencia al equilibrio que deben orientar las iniciativas de crecimiento y desarrollo, “...que una nación no puede prosperar durante mucho tiempo si favorece sólo a los ricos” (p. 3); sus palabras ratifican lo que a lo largo de los años ha ocurrido.

En contraposición, apreciamos

la manera como los ingresos de los más favorecidos siguen aumentando; en este sentido, el Banco Mundial en su Global Monitoring Report 2008, llama la atención: “Un estudio reciente por el Fondo Monetario Internacional (FMI) muestra que desde principios de los años 1980, los ingresos per cápita se elevaron en la mayor parte de países... Sin embargo, la desigualdad de ingreso dentro de los países, medido por el coeficiente Gini, también ha aumentado en la mayoría de los casos” (p. 56).

No es casualidad que incrementos en la concentración de los ingresos impulsen el hambre y la pobreza mayores; si nuestro sistema socioeconómico continúa alentando la generación y concentración de la riqueza en unos pocos países y en unas pocas manos, se perpetuará la desgracia de buena parte de las personas que habitan el planeta.

Las razones que subyacen

No es corto el camino transitado ni poco el tiempo transcurrido para desembocar en situación tan preocupante como la descrita anteriormente; ni tampoco, triviales, las razones que han animado al hombre a transitar en esa dirección. Dentro de un abanico de razones podrían mencionarse tres: el espíritu egoísta del hombre, que da pie a lo segundo, un modelo socioeconómico desequilibrado; y por último, la concepción de la administración como instrumento para la eficiencia.

El espíritu egoísta del hombre

El actual sistema socioeconómico está construido sobre conceptos claros y simples; por ejemplo: competencia y libre mercado; y otros no tan fáciles de entender como la mano invisible artífice del control y equilibrio del mercado. Los ya mencionados no serán tema de discusión, interesa para el tema expuesto, un concepto muy particular, al cual Adam Smith (1983), según muchos, precursor de la economía, llamó amor propio. Según su parecer el amor propio da origen al intercambio, al mercado; en este sentido afirma:

Pero el hombre se halla siempre constituido...en la necesidad de ayuda de su semejante, suponiendo siempre la del primer Hacedor, y aun aquella ayuda del hombre en vano la esperaría siempre de la pura benevolencia de su prójimo, por lo que la conseguiría con más seguridad interesando en favor suyo el amor propio de otros...no de la benevolencia del carnicero, del vinatero, del panadero, sino de sus miras al interés propio es de quien esperamos y debemos esperar nuestro alimento. No imploramos su humanidad, sino acudimos a su amor propio; nunca les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas (p. 58).

Es claro entonces que el deseo de poseer que cada ser humano tiene, genera tensiones con el ánimo de obtener lo anhelado, y

en el intercambio que se origina, aparecen las múltiples actividades a las cuales el hombre se ha dedicado. A la primera impresión el deseo de superación de cada individuo, genera la dinámica del desarrollo y crecimiento, un conjunto de intercambios que benefician la satisfacción de las necesidades y deseos propios, que al ser sumados a los demás, redundan en múltiples relaciones satisfactorias.

Hasta aquí un escenario ideal, plagado de comunes beneficios gracias a la búsqueda de la satisfacción de los intereses personales o amor propio; lo complejo es que al parecer la naturaleza del hombre desbordó su ambición; en otras palabras, no se han construido diques que puedan contener las borrascosas aguas del corazón humano en lo que respecta a su deseo de poseer y acumular. Al parecer la avaricia se apoderó de algunos; y la concentración exclusiva en uno mismo, característica cotidiana en nuestros días, ha dejado en el olvido que es necesario el equilibrio.

Al respecto Mintzberg (2005) menciona:

En los últimos años hemos experimentado una glorificación del egoísmo que quizá no tenía parangón desde la década de 1920. La avaricia se ha visto elevada a una especie de vocación... Puede que resulte difícil imaginar una sociedad consagrada al egoísmo, pero una sociedad que glorifique el egoísmo solo

puede imaginarse como cínica y corrupta (p. 168).

Grandes errores se han cometido y se seguirán cometiendo, debido al codicioso corazón del hombre; basta con recordar las tristes historias de compañías como Enron, World-Com, Inc, Parmalat y Tyco, entre muchas otras, en las cuales además de terminar con directivos en la cárcel, causan algo más doloroso, miles de personas que quedaron sin trabajo como consecuencia de dichas actuaciones delictivas, y además, la moral de la comunidad lastimada por tan grandes engaños.

Lo mencionado anteriormente es el resultado de la degradación de los valores humanos y la apertura al reino del egoísmo; en los casos mencionados fueron altos directivos de compañías muy importantes, pero, ¿qué decir del ciudadano de a pie?, ¿es cada persona susceptible a dejarse dominar del anhelo de satisfacer sus propios deseos o amor propio y obrar de forma inmoral incluso en detrimento de los demás?; al parecer los profesores Jensen y Meckling (1994) consideran que los deseos del individuo son ilimitados: “Él o ella siempre quiere más de algunas cosas, tanto si son bienes materiales tales como arte, esculturas, castillos y pirámides; como si son bienes no materiales, como soledad, compañía, honestidad, respeto, amor, fama e inmortalidad” (p. 4); en este contexto, el ser humano siempre estará dispuesto a intercambiar algo que posee con el deseo de obtener otro bien que anhela; suena bien, pero

si se observa desde otra perspectiva tomará otro significado; en su trabajo “La naturaleza del hombre” (1994) los profesores citados líneas atrás traen a colación un particular anécdota:

George Bernard Shaw, el famoso dramaturgo y pensador social, según se dice, una vez proclamó que en un crucero, una tarde, preguntó a una célebre actriz si estaría dispuesta a acostarse con él por un millón de dólares. Ella accedió. Él siguió con una contrapropuesta: “¿Y por diez dólares?” Ella le contestó indignada: “¿Qué piensas que soy?” A lo que él respondió: “Eso es algo que ha quedado establecido. Ahora simplemente estamos negociando el precio”. Nos guste o no, los individuos están dispuestos a sacrificar un poco de casi todo lo que les importa, incluso la reputación y la moral, por una cantidad suficientemente grande de otras cosas deseadas (p. 10).

Al parecer, ningún ser humano es la excepción; cada cual de acuerdo con su escala de valores, sus principios y sus creencias, continuamente se ve abocado a sopesar y decidir la forma en que define su diario vivir; lo complejo del asunto, y en relación con el tema en discusión, es hasta qué punto la suma de voluntades permite que actuaciones lesivas en comunidad puedan ser cotidianas y al parecer, ya casi socialmente

aceptadas; permitirlo, perpetuaría y justificaría que los ávidos dicten el rumbo de la humanidad.

Un sistema socioeconómico desequilibrado

No es posible desconocer que el sistema socioeconómico capitalista ha logrado crear mejores condiciones de vida para la humanidad; gracias a la utilización de la ciencia ha podido alcanzar desarrollos de forma acelerada; solo basta con echar un vistazo a las comunicaciones, o la ciencia médica y sus logros en contra del dolor y la enfermedad, como también la masificación de los medios de transporte; en fin, todo un conjunto de productores y prestadores de servicios animados en satisfacer una necesidad. Pero es el espíritu que ha dominado dicho accionar el que hoy día se cuestiona, a saber, la creencia generalizada en el mundo de los negocios, de que la simple competencia y acumulación, en últimas el desarrollo económico, son suficientes, desconociendo las implicaciones sociales que hay de por medio; por consiguiente, según lo anterior, entre líneas se puede leer que Dios pobló la tierra con el propósito de que mientras el hombre busca la prosperidad económica se destruye a sí mismo, y como una más de las tantas consecuencias, se ha permitido que casi toda actividad humana sea proclive al lucro; de lo contrario, parece no importar.

Este sistema socioeconómico ha logrado corromper el espíritu del hombre; lo ha desnaturalizado de

tal forma que al parecer ya no siente lástima, ojalá compasión por el otro, por aquel que es menos favorecido. El mundo es un pequeño vecindario, en el cual desde unas pocas casas se observa cómo la de en seguida, se derrumba por el hambre y la miseria, y parece no importarle, tal vez porque ha creído que la misma plaga no llegará a tocar su puerta.

El jueves 8 de junio de 1978 en la Universidad de Harvard, el premio Nobel de literatura de 1970, Alexander Solzhenitsyn, de origen ruso, exiliado por entonces en los Estados Unidos, pronunció el discurso de graduación, del cual se pueden extraer importantes ideas que reafirman la manera como el estilo de vida de Occidente soportado en una economía capitalista no ayuda a ennoblecer las más altas virtudes del hombre, pero también aclara de forma contundente que tampoco desea para el mundo las desgracias que causa en el socialismo.

Solzhenitsyn (1978), declara: El progreso tecnológico y social ha permitido la realización de esas aspiraciones: el Estado de Bienestar. Cada ciudadano tiene garantizada la deseada libertad y los bienes materiales en tal cantidad y calidad como para garantizar en teoría el alcance de la felicidad, en el sentido moralmente inferior en que ha sido entendida durante estas últimas décadas. En el proceso, sin embargo, ha sido pasado por alto un detalle psicológico: el constante deseo

de poseer cada vez más cosas y un nivel de vida cada vez más alto, con la obsesión que esto implica, ha impreso en muchos rostros occidentales rasgos de ansiedad y hasta de depresión, aunque sea habitual ocultar cuidadosamente estos sentimientos.

Exigir una autolimitación o una renuncia a estos derechos, convocar al sacrificio y a asumir riesgos con abnegación, sonaría a algo simplemente absurdo. El autocontrol voluntario es algo casi desconocido: todo el mundo se afana por lograr la máxima expansión posible del límite extremo impuesto por los marcos legales. (Una compañía petrolera es legalmente libre de culpa cuando compra la patente de un nuevo tipo de energía para prevenir su uso. Un fabricante de un producto alimenticio es legalmente libre de culpa cuando envenena su producto para darle una vida más larga: después de todo, la gente es libre de no comprarlo) (p. 3).

Y añade:

Está casi universalmente aceptado que Occidente le muestra al resto del mundo el camino hacia el desarrollo económico exitoso, aun cuando en los últimos años ha sido perturbado fuertemente por una caótica inflación. Con todo, muchas personas que viven en Occidente están insatisfechas con su propia

sociedad. La desprecian o la acusan de no estar ya al nivel de lo que requiere la madurez de la humanidad. Y esto empuja a muchos a inclinarse por el socialismo, lo cual es una falsa y peligrosa tendencia (p. 6).

Existe algo que el sistema socioeconómico capitalista ha logrado alcanzar completamente, esto es, el desequilibrio, que opaca los logros que se le imputan; hoy es evidente su ineficacia para distribuir el ingreso y la riqueza, hecho que marca excluyentemente las posibilidades de unos y otros; se poseen más comodidades, pero se ha adormecido el alma; la deslumbrante y enajenadora modernidad, llena de tecnología y facilidades discapacitantes, parece desnaturalizar al hombre llevándolo rápidamente a un extremo donde no pertenece, al mundo de la egoísta satisfacción de sus deseos, o según Smith, amor propio; en resumen, esta es la teleología que orienta el desequilibrado sistema socioeconómico capitalista.

La administración como instrumento en un sistema socioeconómico

Más allá de la discusión sobre la cientificidad de la administración, no es equívoco afirmar que su quehacer está en manos de profanos e ilustrados; así como la organización se hace presente en la cotidianidad de la persona, ocurre también con la administración. Todo tipo de

modelo económico o sociedad precisa la administración como instrumento para la acción de su sistema empresarial; otro asunto es qué tan capaz es la administración de alcanzar los objetivos para los cuales es utilizada. En ese orden de ideas la administración que conoce Occidente está alineada con lo que persigue como ideal socioeconómico esta parte del mundo. Podría decirse que la sangre que corre por las venas de la administración que se practica en Occidente, responde al mismo grupo sanguíneo que sustenta y da vida al capitalismo. Entiéndase que no se dice que la administración en su concepción general sea algo diferente para Oriente y Occidente; una empresa es, en su acepción general, lo mismo en América que en Asia o el lejano Oriente; igual ocurre con la administración y el trabajo; aunque sí es cierto que en importantes particularidades hay diferencias, y el rol y la concepción con los que es vista en un determinado contexto influyen de forma determinante en la forma como se ejerce y los objetivos que persigue.

Se quiere sugerir que la administración ayuda, si es que ayuda es el mejor término, a profundizar los problemas que enfrenta un sistema socioeconómico como aquel que se mencionó anteriormente; en este sentido son las palabras de Chanlat (1985):

Vivimos hoy en un mundo dominado por la ideología económica y los imperativos de la administración... La

racionalidad económica, con el desarrollo del mercado, se hace cada vez más autónoma frente a otras racionalidades, y termina por imponer su propia lógica... Esta racionalidad privilegia el lucro, la rentabilidad ...; otorga un sitio preponderante al cálculo y a la medición (p. 15).

Se está frente a una profesión que se acomoda al cúmulo de circunstancias y contexto donde se ejerza; el “cortoplacismo”, la “maximización” y la absurda creencia de que se puede producir a una escala infinita, son muestra de que la irracional búsqueda de la mayor rentabilidad y lucro impulsan el quehacer del hombre; y en el intermedio, como recursos para tal fin, el ecosistema y el individuo. Son múltiples los métodos utilizados para perpetuar y hacer parecer legítimas algunas actuaciones de la clase empresarial, es bueno recordar cómo flagrantes errores administrativos que lesionan a la persona y el ambiente, tienen como reparación el dinero; se paga por contaminar el aire, el agua, se paga por malformaciones en los humanos, se paga por tener relación con grupos terroristas, se indemniza al afectado cuando logra demostrar que ha sido víctima; y qué decir de los miles de casos que no se han podido comprobar, o de los muchos otros que siguen en el anonimato por omisión o desconocimiento. Una vez más los imperativos del lucro determinan si la relación costo-beneficio hace factible una forma

de actuar, y en muchos casos han importando poco las implicaciones sociales y ecológicas que contenga.

No se debe desconocer que el desarrollo social está ligado al desarrollo económico, pero lo inverso es también requisito para que el desarrollo sea perdurable en el tiempo. La utilidad es necesaria, la eficiencia en la utilización de los escasos recursos en un mundo que se agota es un imperativo; pero son las motivaciones y la forma en que se realiza dicho proceso lo que debe llamar la atención sobre qué tan responsable es para con la sociedad y el planeta. No se puede permitir que este tipo de imperativos sea el que siga dominado nuestra forma de vida; de lo contrario, las palabras que en broma dice Aktouf (1998) a sus alumnos serían una nefasta realidad:

Si la administración (en el sentido de conducción de negocios privados) no tuviese otra finalidad que saber cómo producir dinero lo más rápidamente posible, bastaría con imitar a Al Capone o dedicarse a la venta de droga. Lo que en buen sentido distingue al gerente no es solamente la honestidad, sino también la utilidad (también en el sentido de no perjuicio [sic] y de real factor de progreso para todos) y la “inteligencia” en su manera de producir el dinero (p. 4).

Por otro lado, en una sociedad donde el cientificismo es idolatrado y llevado a la categoría de panacea,

donde gran parte del desarrollo está ligado y va de la mano del desarrollo tecnológico, fue inevitable que la administración pretendiese poseer características afines, y en el terreno práctico, se ha impactado el trabajo de una forma muy crítica. Solo observando el ámbito psicológico y dejando sin revisar los demás elementos que componen al ser como el físico y espiritual, se encuentran implicaciones muy relevantes y preocupantes de cómo el trabajo en la actualidad afecta al individuo. Benach, Muntaner y Benavides (2001) expresan que “Los factores psicosociales tales como las nuevas demandas de una más elevada productividad y habilidades de los trabajadores, y la pérdida del control sobre el trabajo están amenazando la salud física y mental de los trabajadores” (p. 31).

El impacto de estos imperativos del trabajo (productividad, eficiencia y eficacia) al parecer van en contravía de la humanización de las organizaciones; no se sabe con certeza hasta qué punto la organización empresarial podrá seguir siendo llamada humana. Así mismo, las condiciones de la vida moderna están ejerciendo una mayor presión sobre el individuo; los avatares a los cuales se enfrenta, han hecho mella en la forma de afrontar los asuntos cotidianos, donde el trabajo parece ejercer un papel preponderante ante una nueva lógica: Trabajo, luego existo. Ante este contexto, es importante comprender el trabajo como otro factor que ayuda al

hombre a desarrollar su máximo potencial, pero no se debe desconocer que los demás como la familia, y el desarrollo físico, mental y espiritual, complementan la integralidad de la persona; nuestra sociedad parece valorar de forma sobreestimada la aportación que hace el individuo en el sistema económico, si no existe aporte en este ámbito difícilmente subsistirá, triste realidad.

Algunas consecuencias relevantes

Como se ha venido mencionando, la mayor parte de actividades del ser humano están ligadas a la administración; independientemente de la profesión que se ejerza, los diferentes oficios están también en su gran mayoría ligados a las organizaciones, en mayor proporción a la empresarial. De esta manera, la administración tiene gran influencia en las personas, y a su vez, la forma como la administración ha entendido su rol en el sistema socioeconómico que tiene como base el capitalismo, es determinante en el significado que le ha dado a la participación del hombre; esto quiere decir que la definición de hombre en este contexto, parece girar alrededor de conceptos que lo sitúan como parte de los recursos necesarios en la generación del producto del sistema socioeconómico, mas no como el fin; en últimas, se han convertido el hombre, y también su hogar, el planeta, en un medio, para un fin tan miope y superfluo como la generación de riqueza con un trama tan mezquina en espíritu como la de unos pocos acaparadores.

Un camino diferente que se debe recorrer

Es evidente hasta el momento cómo la administración es responsable en una muy importante proporción por lo que ocurra con la persona y el planeta; por esta razón se reduda cuando se desea tener una administración responsable socialmente; su naturaleza está ligada a lo social y humano, pero el camino que se ha recorrido y la forma como se ha hecho no permitieron que la administración dejara traslucir lo que en esencia es: otro instrumento que debe contribuir a la felicidad del hombre; en ese sentido Mardones (1994) haciendo referencia al pensamiento de Habermas y Opel, filósofos alemanes representantes de la teoría crítica, dice: “Observamos que la ciencia...tiene una finalidad: Servir a la construcción de una sociedad donde los individuos puedan ser realmente personas... Aquí resuenan lejanos ecos de la tradición aristotélica, que cultivaba la ciencia para ser más y mejores hombres en una buena sociedad o ‘vida buena’ (‘pros to eu shen olos’) (p. 49)”.

Pero aún existen alternativas para que de forma natural, la administración pueda cumplir su rol en la sociedad de una forma diferente, con una nueva manera del ver al ser humano y el planeta, sin que olvide que es un medio, no para la generación y perpetuación de la riqueza como fin último, sino para la dignificación de la persona y conservación de su hábitat.

De regreso a sus orígenes

Como se ha querido dejar traslucir en los párrafos anteriores, la administración es hija de las ciencias sociales y humanas; su base y constructo gnoseológico deben tener raíz en los principios que rigen dichas ciencias, y su continuo pensar y desarrollo deben estar centrados en el hombre y la forma de cómo servirlo de la mejor manera. Pero lo que se puede observar en la predominante manera de construir la administración es un anhelo por hacerla parecer lo que no es, una ciencia natural, donde prevalezca la explicación causal sobre la teleológica, donde, como lo dice Mardones (1994) haciendo referencia a las ciencias naturales, “la nueva ciencia ... va a considerar como explicación científica de un hecho, aquella que venga formulada en términos de leyes que relacionan fenómenos determinados numéricamente, es decir matemáticamente” (p. 26).

Se debe emigrar en la administración a una concepción científica que privilegie la comprensión sobre la explicación; ya el mundo científico parece dominar la naturaleza, pero difícilmente la lógica matemática y física lograrán dar razón de lo que es el hombre en la dimensión en que realmente somos distintos a los demás seres de la creación, en el pensamiento, el alma, el espíritu, el carácter. Decir que la administración se debe a la adecuada utilización de los recursos, ¡y qué contradicción en la actualidad: el hombre es unos de ellos!, al

control, al método, al proceso, a la productividad, a la rentabilidad, es una concepción muy pobre; tal como lo afirmó Mardones (1994) en contra del positivismo:

La ciencia moderna, galileana, no ha advertido que es hija de unas condiciones socioeconómicas y que está profundamente ligada con un desarrollo industrial. Privilegia una dimensión de la razón: la que atiende a la búsqueda de los medios para conseguir unos objetivos dados. Pero esos objetivos o fines no se cuestionan, son puestos téticamente o “decisionísticamente”[sic] por quienes controlan y pagan los servicios de la ciencia. La razón se reduce, así, a razón instrumental. Y su expresión más clara, la ciencia positivista, funciona, con el prestigio de sus éxitos tecnológicos y su racionalización en la teoría de la ciencia, como una ideología legitimadora de tal unidimensionalización de la razón (p. 39).

Estas razones deben generar serios cuestionamientos en cuanto a la naturaleza de lo que hoy es la administración, y clarificar que en su quehacer la administración se sirve de algunas herramientas y métodos de las ciencias naturales; desconocerlos también sería necio, pero idealizarlos es mucho más peligroso; convertirlos en casi exclusivamente en fundamento del

ejercicio de la administración, es desnaturalizarla, y como ya lo recordó Mardones, es continuar subordinada al igual que las ciencias naturales, a quienes pagan sus servicios.

Urge un cambio de pensar, y a su vez, un cambio en el actuar; es imperativo que quienes construyen, enseñan y ejercen la administración, se detengan a reflexionar sobre su porqué y para qué; tales cuestionamientos se han pasado por alto; su respuesta se ha dado por obvia, o talvez no se quieran contestar con sinceridad, porque las respuestas pueden no ser muy amables y coincidir con los absolutos del sistema socioeconómico en el que se vive. Aún es posible en la administración reconocer sus desaciertos; en últimas, ojalá solo fuera el patrimonio de los accionistas y dueños de las empresas lo que está en juego, es la continuidad del hombre sobre el planeta lo que debe importar. No debe avergonzarse ni incomodar a la administración, ni a quienes la construyen y la ejercen, el hecho de que se deba regresar a postulados que para algunos son románticos e idealistas, por el contrario, se debería estar celebrando. Las futuras generaciones, y gran parte de la responsabilidad de que sean muchas más está en hombros de la administración, serán las que juzguen con qué responsabilidad hoy día se tomaron en cuenta asuntos tan importantes.

La formación en administración como una oportunidad de cambio

Se tiene en las aulas una gran oportunidad de promover los cambios que la humanidad necesita, y la administración no debe subestimarla; si se quiere un modelo de vida equilibrado, que garantice la permanencia del hombre sobre la faz de la tierra en condiciones dignas y de bienestar, la forma, y de manera especial, lo que se enseña en las aulas de las escuelas de administración debe ser replanteado; aunque nadie puede pretender que de las aulas salgan administradores como producto terminado, sí pueden al egresar tener una diferente concepción de lo que implica la profesión. Para empezar se podrían tener en cuenta, dentro de una amplia e importante lista, los dos elementos que han sido tema de la disertación, el hombre y el ecosistema.

Una nueva concepción del hombre

Para empezar es necesario que la arraigada concepción del “homo economicus” se convierta solo en una anécdota histórica, o es difícil desconocer que aun con el paso de las décadas todavía se concibe la persona en gran proporción como un ser económico; pocos estarían dispuestos a aceptarlo, pero la realidad que enfrenta el individuo en un sistema como el capitalismo lo constata a diario; en él sólo tiene valor lo que sirve para la generación de una utilidad, y son el cerebro y los músculos de la persona los que en la actualidad son el motor del gran sistema económico. Como participe y a la vez como consumidor, un papel

que le exige interpretar un doble rol, el hombre es la base de lo que hoy se conoce como mercado. Por esta razón, y solo observando desde la perspectiva de la participación del hombre en la organización, es importante dignificar el trabajo y el significado del hombre en ella. Debe ser especial tema de estudio en los programas que forman administradores, el cómo retornarle la vida al trabajo de las personas, que gracias a los procesos de división del trabajo en búsqueda de la tan anhelada especialización, han logrado desmembrarlo de tal forma que parece necesario retornarle el alma y el cuerpo. En este sentido Aktouf (1998) haciendo referencia a Adam Smith expresa:

Conviene, sin embargo, señalar cuidadosamente que el mismo Adam Smith manifestaba serias reservas en cuanto a los beneficios de la división del trabajo. Dedicar todo un pasaje a este problema, evocando el hecho de que las masas aplicadas a la ejecución de trabajos cada vez más subdivididos pueden ser ganadas por la necesidad; mientras que, por el contrario, las sociedades bárbaras (aún no industrializadas) contribuyen –por la variedad de requerimientos que un trabajo no parcelado implica– a mantener y despertar la inteligencia.(p. 40).

Deben existir esfuerzos decididos por desarrollar una mentalidad

diferente en aquellos que se forman en administración, que les permita diseñar sistemas productivos que garanticen y propendan por el desarrollo de las facultades de la persona; de otra forma se perpetuarían la insignificancia del trabajo, y con ella la insignificancia de quien lo realiza. La forma como Alvin Toffler (1981) hace reseña en su libro “La tercera ola”, de los cálculos que Henry Ford realizó con relación a su necesidad de trabajadores es muy diciente y esclarecedora:

949 exigen hombres vigorosos, robustos y prácticamente perfectos desde el punto de vista físico; 3.338, de una fuerza física simplemente común; casi todo el resto puede ser confiado a mujeres o niños grandes; 670 operaciones pueden ser realizadas por lisiados; 2.637 por cojos; 2 por hombres amputados de ambos brazos; 715 por mancos, y 10 por ciegos (p. 71).

Cuál no sería la felicidad de muchos empresarios, que una mañana al llegar a sus fábricas encontrarán que un control de mando computarizado, programa el trabajo de miles de máquinas y robots en una perfecta y armónica sinfonía de productividad y completa eficiencia, sin tener que lidiar con los complicados e improductivos seres humanos. Tal podría ser el nirvana para la administración científica, en principio y finalidad, tan científica hoy como lo fue la de Taylor, pero nefasta para el desarrollo del

hombre. No en vano en 1936, Charles Chaplin presentaba su “Modern Times”, cómica crítica de lo que el mundo industrializado, alienante y avasallador, causaría en la mente y el cuerpo del individuo; tal vez hoy no sea así, pero eso está en duda; quizás se han perfeccionado los métodos y disimulado los efectos, pero una cosa sí es clara, no se ha dejado de hacer.

Conciencia por el cuidado del planeta

Pasadas generaciones pensaban que con aquello que se usaba y sobre lo que no se tenía posesión, se debería tener especial cuidado para que no se deteriorara; lamentablemente, este buen principio se ha olvidado, su desuso ha marcado los últimos dos siglos, y como consecuencia, el hombre ha saqueado el planeta, un don que es prestado, algo que no es de su propiedad. Consecuentemente, unos pocos se han enriquecido, los fuertes y avezados, y son muchos los que esperan en la miseria el fin de sus días; pero aquellos, los que se han apropiado del planeta, para explotarlo, ciegos son ante la calamidad que rápidamente provocan, ensimismados en la avaricia que representa la acumulación, hacen oídos sordos a las voces que alertan sobre el fin de las condiciones que permiten la vida en el planeta. En relación con este asunto Hopkins (1985) comenta: “Se constata que el verdadero alcance de los estragos derivados y sus consecuencias de largo plazo son imposibles de

definir y calcular. Igualmente, se ha determinado que reparar estos perjuicios solo es posible en parte y que los medios disponibles son a menudo irrisorios (p. 90)”.

La administración no debe permitir que dicho despojo se realice de tal forma y en tal proporción, es su responsabilidad proponer nuevas alternativas a problemas tan arraigados; de no ser así, es responsable por su silencio, y lo peor aún, por su complicidad, pero tales alternativas difícilmente resultarán de quienes la ejercen; la dinámica “cortoplacista” del sistema económico los agobia y absorbe; son aquellos que desde la academia reflexionan y ven el horizonte los llamados a sugerir los cambios.

Lo anterior debe ser bien entendido por los que se forman como administradores; en las aulas y

los espacios académicos la discusión debe estar orientada a dar soluciones a este gran problema; la investigación y los nuevos desarrollos teóricos deben estar orientados a entender la profundidad del problema y, consecuentemente, a la proposición de alternativas viables; ya no hay tiempo de seguir produciendo herramientas que lo único que han hecho es acentuar el problema; es hora de que los nuevos administradores y mucho más, los actuales, entiendan que en cada empresa y cada sector económico, hay mucho por hacer; el despilfarro debe ser detenido lo más pronto posible; y talvez las futuras generaciones tengan porvenir. Esa es una titánica tarea que la administración, quienes la piensan, la construyen y la enseñan, no pueden darse el lujo de eludir.

Referencias

Aktouf, O. (1998). *La administración: entre tradición y renovación*. Cali, Colombia: Editorial Univalle - Gaetan Morin.

Benach, J. Muntaner y R. Benavides, F. (2001). *Towards new prevention strategies*. Newsletter of the European Trade Union. Technical Bureau for Health and Safety (TUTB).

Chanlat, A. y Dufour. M. (1985). *La rupture entre l'entreprise et les hommes*. Quebec, Canada: Amérique y Ed. d'Organisation.

Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC). (2002). *Cambio climático y biodiversidad*. Recuperado el 9 de enero de 2008 de <http://www.ipcc.ch/pdf/technical-papers/climate-changes-biodiversity-sp.pdf>

Hopkins, P. (1985). *Compétition, coopération, l'individu et le groupe*. Québec-Paris. Pul-eska.

Jensen, M. y Meckling. W. (1994). *The nature of man*. Journal of Applied Corporate Finance, Summer 1994, V. 7, No. 2, pp. 4 – 19. Recuperado el 9 de enero de 2008 de <http://materias.fi.uba.ar/7628/REMM.pdf>.

Mardones, J. (1994). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales: materiales para una fundamentación científica*. Barcelona, España: Anthropos.

Mintzberg, H. (2005). *Directivos no MBAs*. Barcelona, España: Ediciones Deusto.

Obama, B. (2009). *Discurso de toma de posesión presidencial*. Recuperado el 23 de enero de 2009 de www.efe.com/FicherosDocumentosEspeciales/Obama.doc

Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. (2008). *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2008*. Roma, Italia: FAO.

Shaohua, C. y Martin. R. (2008). *The developing world is poorer than we thought, but no less successful in the fight against poverty*. Development Research Group. Washington. World Bank.

Smith, A. (1983). *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Barcelona, España: Ediciones Orbis.

Solzhenitsyn. A. (1978). *Un mundo dividido*. Discurso de graduación en Harvard. 8 de junio de 1978. Recuperado el 12 de enero de 2008 de http://www.criterioclub.com/img_cont/Un_mundo_dividido.pdf

The World Bank. (2008). *Global Monitoring Report 2008*. Washington. W.B.

Toffler, A. (1981). *La tercera ola*. Barcelona, España: Plaza y Janés.